El tren

No recordaba haber viajado en tren llevando sobretodo. Cuando era niño el efecto invernadero no existía y el frío era testarudo. Lo sabían perfectamente las orejas de su hermano y él. Antes de salir para la escuela, los días de helada matinal, se turnaban para pedir una crema que aliviara las picazones que producían los sabañones. Éstos empezaban sus ataques para fines de mayo y se retiraban recién en agosto. Para los niños el refrán que decía: “julio los prepara y agosto se los lleva” no era pertinente. La tortura recurrente eran los sabañones en las manos, las orejas y los pies. La recomendación cotidiana materna de llevar bufanda y guantes concluía cuando las plantas lanzaban los primeros brotes.

Era una época anterior a Charly García y era hermoso viajar en tren. El avión era algo desconocido para la gran mayoría de los que en la estación Miserere, más conocida por Once, abordaban trenes que atravesaban la pampa húmeda. Charly compuso esa de “no voy en tren, voy en avión, no necesito nadie, nadie a mí alrededor” cuando ya el colapso de los ferrocarriles había comenzado. Quizás por eso nunca descubrió ese placer infantil de ser llevado en tren en un largo viaje.

Era una época en la que el país tenía verano, otoño, invierno y primavera. Cada estación estaba perfectamente delimitada y el viaje en tren era una travesía extraordinaria que ocurría en vacaciones de invierno y el verano. También cuando la epidemia de poliomielitis se asentaba en la gran ciudad. El destino era siempre Bragado y los trenes se dividían en carretas y rápidos. El primero paraba en todas las estaciones y parecía que de ninguna se quería despedir una vez que se acomodaba en el andén, el trabajo de los changadores que subían y bajaban bultos era largo y generaba curiosidad por las carretillas de formas extrañas que los hombres usaban para llevar los bultos a un gran galpón. Pese a ello no lograba disminuir el deseo de que sonara el pito agudo y estridente de locomotora anunciado su arranque, de su hermano y el suyo. El consabido “cuanto falta” ante la detención era lanzado repetidamente a modo de queja y fastidio taladraba a su madre y sus tías. Cuando finalmente la formación carreta comenzaba a moverse era obligatorio cerrar las ventanillas para evitar sacar los brazos o la cabeza por las mismas. El cuento de terror era el peligro de que algo nos arrancara la cabeza o la mano.

El rápido solo paraba en algunas estaciones, a las otras las atravesaba a gran velocidad, era más corto el viaje y los asientos más mullidos. Excepto que no se consiguieran boletos de primera clase y había que acomodarse en los asientos de rigorosa pinotea. Que a poco de comenzar la travesía hacía sentir en las apoyaderas el rigor de las maderas.

Apenas abordado el tren comenzaba la eterna lucha de deseos contrapuestos entre hermanos. El objetivo era la ventanilla y de lograrse ambas el conflicto se desplegaba por la más deseada: esa en la que se podía mirar hacia adelante, en la que la vista iba descubriendo lo que venía. La otra solo entregaba lo que había pasado, era como salir segundo. Los hermanos dominados por los celos habían constituido una dupla que sólo admiraba y reconocía el primer puesto. Esas batallas duraban casi hasta la estación Liniers bajo qué condiciones se llegaba a un acuerdo le es imposible recordarlo. Está seguro que cuando el tren entraba a Ciudadela le hacían caso a Martín Fiero en aquello de que “los hermanos sean unidos”.

Allí se iniciaba el reclamo gremial infantil: “Tengo hambre”. Siendo sincero reconoce que era él quien no olvidaba los manjares que habitaban la canasta que traía la hacendosa madre.

Esa mujer bajita y activa era una experta cocinera y para un viaje que duraba algo así como cuatro horas iba llena de provisiones: milanesas, pan, tortilla, pollo, frutas. A la merienda aparecían las rosquitas con miel o las facturas. Hasta una botella con granadina habitaba en esa canasta que parecía la galera de un mago.

Realizar un viaje repetido obliga a hacerse experto en los nombres de las estaciones, saber a cuál se llega antes de que los carteles lo digan. También a recitarlas de corrido. Había una estación que era motivo de veneración de su madre y sus hermanas: Suipacha. Su padre había sido jefe de estación y había plantado unos plátanos que siempre estaban cortados, como en todas las estaciones que habían manejado los ingleses, por unos “manos de tijera”, que le daban la forma de un cubo alargado. Siempre con la cal pintada en sus troncos, bien cuidados, madre nos convencía de que su padre estaba allí para quedarse siempre. Nosotros viajábamos siempre con mujeres, todos hijas de ese hombre que plantó los árboles y que daba clases de telegrafista en su casa. Por lo tanto Suipacha no era una estación era un lugar de homenaje. Con la muerte del abuelo los plátanos y esa parada fueron un santuario donde su madre y sus hermanas derramaban algunas lágrimas. Nunca supo por qué se las secaban con pañuelos rojos, tampoco por qué esos pañuelos rituales desaparecían de la vida cotidiana hasta la próxima vez en que el tren iniciaba su arribo al andén de Suipacha.

No recuerda haber visto personas que viajaran solas y en silencio. Las charlas se establecían rápidamente apenas el tren salía de parte soterrada de Once y Almagro. Muchos se conocían por ser del mismo pueblo, otros eran presentados por amigos y así se llegaba al campeonato de truco a partir de Morón. Una valija hacía de improvisada mesa.

Ese clima solidario se rompía en los baños para los varones era difícil acertar con el centro de la taza mientras el traqueteo del tren nos dominaba. Las mujeres eran las que denunciaban y hacían cargo, con razón, a los varones de que no sabían dirigir su instrumento para que apuntara correctamente al centro del tazón. Eso establecía una división entre los géneros que se mantenía hasta final del viaje.

No tiene el recuerdo de haber viajado con su padre en tren a Bragado, si ocurrió ha desaparecido de su memoria. Tampoco tiene presente haber viajado con algún tío, todos ellos agradables y de confianza. Quizás los hombres no tenían permiso para hacerse cargo de los niños. Quizás las mujeres no permitían que los niños fueran con los hombres.

En un viaje nocturno con su tía Rosario bajaron por error en la estación Mechita, que era un lugar de talleres de reparación de vagones y locomotoras. Eran sombras en un lugar de sombras. Le dijo a la tía que no era Bragado mientras ella le tiraba los bolsones desde arriba. Al bajar se dio cuenta del error y presurosos lanzamos todo arriba del tren y treparon al mismo cuando ya estaba andando. Las locomotoras de vapor despedían un hollín que quedaba impregnado en la cara. Los hermanos al llegar a Bragado tenían la cara llena de puntitos negros y después de los abrazos y besos familiares eran mandados a lavarse bien la cara. Quizás todos esos traqueteos y ruidos de vía fueron la felicidad.